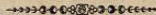


miserias y flaquezas que sufrimos: las primeras nos dan á entender las grandezas del Dios á quien debemos amar; las segundas nos humillan ante su soberana presencia. Los hombres dedicados á la contemplacion de las cosas santas saben, y saben muy bien, que el silencio del recogimiento son como dos alas que nos balancean entre las pasiones y los sentidos, y remontándonos como el águila, nos conducen hasta el Ser increado. San Agustín no tuvo otro objeto en sus soliloquios, allá en sus sabias meditaciones, que llamar la alma hácia aquel que la formó.

Si la misma alma considera su cuerpo, al cual se halla unida por órden del Criador, conoce prontamente el poder que tiene sobre él de encoger sus nervios y de dilatar sus músculos. Tanta potencia bien meditado ha llenado siempre de admiracion á los grandes filósofos. Ella no se acuerda de que alguna vez le hayan enseñado las reglas de tal mecanismo; pero sabe muy bien que ella no es su autor, pues que ignora el cuándo, el cómo y el por qué: de aquí infiere precisamente que hay una fuerza superior que nos ha concedido la facultad de movernos solo con querer hacerlo. Todas las veces que nuestro corazón se comprime y se dilata, se deja ver una Sabiduría infinita que nos conserva, esto es, nos saca á cada instante de la nada á la que, como á su origen tienen propension todas las cosas. Al despertar cada día debemos vernos con asombro, como que acabamos de nacer de nuevo y entramos en un nuevo mundo. Entónces la impresion del Ser Eterno nos llena de una inefable ternura y de un eterno reconocimiento. El sello de la Divinidad grabado sobre nuestra alma, y palpable en todos nuestros movimientos no puede borrarse jamas. Es preciso despojarnos de nuestro conocimiento, de nuestro amor, y reducidos á solo carne y sangre para no conocer á Dios. No respiramos sino por su favor: no nos movemos sino por su poder. ¿Quién nos enseñó á amar naturalmente la virtud, á respetar el órden, y á detestar el mal, sino aquella luz indefectible que ilumina á todo hombre que viene á este mundo? Esta luz es la que en el retiro y meditaciones nos abre los ojos de cuando en cuando, nos desembaraza de nuestros propios sentidos y se comunica secretamente con nosotros. ¿Sin este conocimiento se hubieran reducido alguna vez los hombres en la comunión de una religion verdadera, y participacion de unos santos sacramentos? Todos los hombres en este culto exterior no hacen otra cosa sino manifestar lo que Dios obra en ellos interiormente.

El hombre siendo tan soberbio, se habria atrevido á estimarse por el soberano de todo el mundo, si no se hubiera visto precisado á confesar la dependencia que tiene de un Arbitro absoluto á cuyo imperio todo se hace y se disuelve, todo se ordena y desenlaza, la nada misma está pronta á sus órdenes. Despues de todas estas reflexiones es preciso salirse como fuera de sí, y considerar todo lo que nos ordena con relacion á nuestro Criador. Examinando al cielo y á la tierra como si acabasen de ser formados y presentados á nuestra vista, veriamos en ellos las obras de la Omnipotencia: encontraríamos en nosotros mismos respuestas que nos librarian de confundir al Criador con la criatura. Si contemplamos al sol que nos ilumina por el día, y á esos tantos soles que brillan por la noche, ¿cómo no admiraremos la hermosura de aquel que los ha creado y que derrama sobre nosotros día y noche tanto esplendor y magnificencia! ¿Sobre nosotros que no somos mas que polvo: unas cañas que no hemos de durar sino algunos días! Acá en la tierra trasforma su polvo y jugo en flores; en oro, en diamantes, zafiros y esmeraldas; allá en el cielo suspende con su mano invisible multitud innumerable de esferas luminosas. ¡Oh Dios verdaderamente grande! ¡Oh hermosura tan antigua y nueva para mí!



TERCER DOMINGO DE ADVIENTO, Y FIESTA DE LOS DESAGRARIOS.

TERCER DOMINGO DE ADVIENTO.

No es ménos solemne en la Iglesia el tercer Domingo de Adviento que los dos precedentes. El Introito de su misa, es muy á propósito para excitar el zelo por la gloria de Dios y el propio aprovechamiento: alegraos en el Señor, nos dice el sacerdote al llegar al altar; otra vez os lo digo, alegraos, no con aquella alegría vana y tumultuosa que tiene su origen en los sentidos mas que en el corazón; sino con una alegría verdaderamente cristiana, humilde, modesta, pura, que teniendo á Dios por principio, es sólida, inalterable, llena el corazón y sacia el alma, sin abandonar jamas la modestia. Vean esta todos los hombres en vosotros, y descúbrense asimismo vuestra alegría, porque el Señor está cerca. Vos, Señor, continúa el sacerdote, habeis llenado de bendiciones vuestra heredad, y habeis puesto fin á la cautividad de Jacob, compadeciendos de nuestro pueblo, y oyendo sus votos.

La Epístola está tomada de la que el Apóstol San Pablo escribió á los filipenses. Habiendo sido San Pablo llamado de Dios para que fuese á Macedonia, vino á Filipos, y predicando en ella convirtió á muchas personas, tanto que los magistrados le hicieron prender con su compañero Silas, y mandándolos azotar, los pusieron en la cárcel. Por la noche hubo un temblor de tierra: las puertas de la cárcel se abrieron por sí mismas, y se rompieron las cadenas con que estaban atados. El alcaide creyendo que los presos se habían escapado, quiso atravesarse su espada; pero San Pablo acudió y lo sosegó, y habiéndolo convertido é instruido, lo bautizó á él y á toda su familia. A la mañana siguiente los magistrados fueron á la cárcel, se disculparon de lo hecho y les rogaron que salieran de la ciudad. El Santo Apóstol partió á Tesalónica; pero siempre conservó á los filipenses una especial ternura y benevolencia, y ellos le manifestaron su reconocimiento enviándole con frecuencia socorros á todos los parages donde predicaba. Habiendo sabido que estaba en Roma preso, le enviaron á su obispo con algun dinero, y este á la vuelta les trajo la excelente carta de que hablamos.

Llama en ella el Apóstol á los filipenses *su gozó y su corona*, cuyo elogio hace mucho honor á aquellos fervorosos fieles. Despues de exhortarlos á perseverar en la fé, en el temor y amor de Dios, les encarga que se alegren sin cesar en nuestro Señor, dándoles por motivo, que el Salvador está cerca. Esto mismo le obliga á exhortarlos á que tengan una modestia muy edificante y cristiana, entendiendo por modestia la práctica de todas las virtudes, caridad, paciencia, mansedumbre, espíritu de mortificación, como que son tan á propósito para hacernos favorable el advenimiento del Salvador. En efecto, el retiro y la oracion, acompañada siempre de accion de gracias por los beneficios recibidos, deben sernos familiares, especialmente en este santo tiempo en que la paz y tranquilidad del corazon disponen tanto al alma para las celestiales visitas, como que ninguna cosa es mas opuesta á las comunicaciones íntimas de Dios con el alma, que el ruido y tumulto del mundo y la disipacion del corazon. Por lo mismo se encarga tanto el retiro en este tiempo, y esta era la causa porque antiguamente ningun lego entraba en el coro hasta la vigilia de Navidad; porque se juzgaba que los religiosos estaban como en retiro, y no querian que se stragesen de los divinos oficios. Por lo demas añade el Apóstol en el mismo capitulo: Toda verdad, toda pureza, toda justicia, toda santidad en ma-

teria de disciplina y de conducta ocupe á vuestros pensamientos y á vuestros deseos en este tiempo saludable.

El Evangelio de este día refiere el testimonio auténtico que dió San Juan Bautista á los judíos sobre la venida del Mesías en la persona de Jesucristo. Habiendo querido el Salvador humillarse hasta recibir el bautismo de penitencia que predicaba su precursor, se retiró al desierto para ayunar cuarenta dias ántes de manifestarse al mundo. Entre tanto San Juan predicaba en las orillas del Jordan, y bautizaba á todos los que venian á oírle, y penetrados de un vivo dolor de sus culpas, le pedian el bautismo. La reputacion del Hombre de Dios hacia tanto ruido, que el gran Sanhedrin, que era el supremo consejo de los judíos le envió una célebre diputacion. Sabian demasiado por los oráculos de los profetas, y especialmente por las célebres semanas de Daniel, que no estaba lejos el tiempo en que debia nacer el Mesías; y sabian ademas que Juan Bautista era un hombre de virtud extrordinaria, que se habia criado en el desierto, y que en su cuerpo mortal parecia tener la imposibilidad de un ángel. Todo esto era motivo para que sospechara que fuese acaso el Mesías prometido; y para érciorarse escogieron de entre los sacerdotes y levitas quienes en nombre del consejo fuesen á preguntarle quién era, y en virtud de qué mision predicaba la penitencia. Vió pues entónces la célebre Jerusalem á los príncipes de los sacerdotes y levitas salir con grande acompañamiento y caminar mas de veinte leguas, para informarse de las calidades del nuevo profeta y del carácter de su mision, no sabiendo con que esto iban á recibir el testimonio mas auténtico de la venida del Mesías; que así lo ordenó la Providencia del Señor á fin de que los judíos no pudiesen dudar jamas que aquel Jesucristo, á quien habian de maltratar un dia, era el verdadero Mesías.

Los diputados encontraron á San Juan en las cercanías de Betania, ciudad situada al otro lado del Jordan, donde predicaba en una campiña á cielo raso. Aquí fué donde los diputados del Sanhedrin le representaron la veneracion y respeto en que le tenia este consejo; que la santidad de su vida y las obras que hacia muy superiores á las fuerzas humanas eran la mejor prueba de que él no era como el resto de los hombres; que en el dictámen del pueblo pasaba ya por el Mesías, y que ellos mismos eran ya de esta opinion; pero que para mayor satisfacion querian saber de su boca quién era. El Santo Hombre sin detenerse un punto, negó re-

dondamente ser él quien ellos creían: y para que no imaginasen que su respuesta era algun disimulo, les dijo en términos formales, y lo repitió muchas veces, que no era él el Mesías, que no era Cristo. Los diputados, no pudiendo borrar de sí la idea que tenían de su mérito, le dijeron que si no era él el Mesías, seria algun nuevo profeta igual á los antiguos, ó tal vez el mismo Elías, de quien sabian que no habia muerto, y que segun la profecía de Malaquías debia venir enviado de Dios en el dia grande del Señor. Aflijase San Juan al ver que se hacia tanto aprecio de su persona que lo igualaban con los mas grandes profetas: así es que se humillaba y se abatia hasta negar no solo ser Elías, sino aun ser un profeta; queriendo sin duda dar á entender á aquellos doctores y sacerdotes lo que debian saber, esto es, que el tiempo de los profetas se habia acabado, y que él venia, no á prometerles el Mesías anunciándoselos anticipadamente, sino á enseñarles que el Mesías habia venido ya, y estaba en medio de ellos, mostrándoles con el dedo á aquel que los profetas solo vieron de lejos en espíritu de profecía.

Como los diputados no sacaban de San Juan mas que respuestas negativas por cuanto les decia, no lo que era, sino lo que no era, continuaron sus instancias para que les dijese quién era, á fin de responder á los que los habian enviado. Entónces el Bautista, explicándose con mucha modestia y candor, les dijo que él era aquel de quien habló Isaias cuando viendo en espíritu al Mesías que habia de venir, le parecia oír la voz ya de su precursor en el desierto exhortando á los pueblos á que se preparasen á recibirlo: yo soy, les dijo, esta voz que viene á preparar los caminos al Mesías y á disponer por la penitencia que predico y por el bautismo que doy, los corazones y los espíritus, para que reciban dignamente á aquel que viene á salvarlos. Los fariseos que se hallaban presentes, mas deseosos de mantener su autoridad que de trabajar en su propia salvacion, se alteraron con esta respuesta y le dijeron con altivez: pues si tú no eres Cristo, ni Elías, ni profeta, ¿por qué bautizas? San Juan, que queria abatir el orgullo de estos sabios con su humildad, no les habló ni de la mision que habia recibido inmediatamente de Dios, ni del eminente cargo con que el Señor lo habia honrado, sino que se contentó con responderles que el agua de su bautismo solamente habia con las llagas del alma lo que el agua comun hace con las del cuerpo: que no las curaba, sino solo servia para lavarlas, á fin de que estando limpias fuesen vistas y reconocidas; que aquel hombre di-

vino á quien ellos buscaban, y que era su verdadero Mesías, les conferiria bien pronto un nuevo bautismo, del cual el suyo no era mas que una sombra: un bautismo que sanaria todas las llagas de sus almas: que á este Mesías, á este verdadero Médico no necesitaban irlo á buscar muy lejos, que estaba en su pais y en medio de ellos; que era de su nacion y de sangre real, conforme á lo que habian anunciado de él los profetas; que á la verdad ellos no le conocian aun; pero que las maravillas que obraria á sus ojos pronto se los descubriría. Por lo que á mí toca lo conozco, y he venido delante para anunciaros su venida; y si él no viene sino despues de mí, es porque él es el Señor que envía á su criado para avisar que vendrá presto. Por cierto que soy yo tan poca cosa en su presencia, que no merezco servirle aun en los ministerios mas humildes, aun en desatar la correa de su calzado. El lo puede todo; yo nada puedo: mi bautismo es por poco tiempo, y no tiene comparacion con el suyo, que durará hasta el fin del mundo, y será un manantial inagotable de gracia y santidad; porque él no os lavará simplemente con el agua, sino que os bautizará con el Espíritu Santo, el cual bajará sobre los que reciban este nuevo bautismo, los santificará, se comunicará á ellos, los animará con su presencia, los fortalecerá con su gracia, y los abrazará con el fuego divino que produce en las almas santas los efectos mas admirables. Tal fué el testimonio que el Bautista dió del Mesías á los diputados del Sanhedrin.

El dia siguiente á esta diputacion, viendo San Juan á Jesucristo que venia hácia él, exclamó: "He ahí el Cordero de Dios; he ahí el que borra los pecados del mundo: ese es de quien yo dije: viene despues de mí un Hombre que es ántes que yo: yo he venido á dar un bautismo de agua solamente, para que él sea conocido en Israel. He visto bajar del cielo, prosiguió el Bautista, al Espíritu Santo en figura de Paloma, y hacer mansion en él; y el que me envió á dar el bautismo de agua, me dijo: Aquel sobre quien vieres bajar el Espíritu Santo y permanecer en él, ese es quien da en el bautismo el Espíritu Santo. Yo he visto esto, y he dado testimonio de que ese es el Hijo de Dios." Nada mas conforme al designio de la Iglesia que este Evangelio, tan propio para avivar nuestra fé y excitar nuestro fervor en este santo tiempo en que nos disponemos á recibir dignamente á aquel, á quien los obstinados judíos no quisieron reconocer.

Fiesta de los desagravios (*).

La piedad del rey de España, Felipe V, por cédula expedida en Zaragoza á 19 de Junio del año de 1711, mandó que en todas las Iglesias principales de las ciudades, villas y lugares de sus reinos, se celebrara todos los años el Domingo inmediato siguiente al día de la Concepcion de María Santísima, una fiesta de desagravios al Santísimo Sacramento, estando manifiesto, con misa votiva solemne de este soberano misterio, sermón, conmemoracion de la Dominica y del misterio de la Concepcion inmaculada de la Virgen. En la santa Iglesia Catedral de esta ciudad, en la colegiata de nuestra Señora de Guadalupe, Santa Teresa la Nueva y la Merced, se manifiesta el Señor Sacramentado desde las siete y media de esa mañana hasta el fin de la misa, y en la Concepcion lo está todo el día.

Dieron motivo á esta piadosa determinacion los triunfos que obtuvieron sus armas sobre la vanguardia de un ejército combinado en la villa de Brihuega, de la provincia de Alcarcia, mandada por los generales Stanop, Hül y Carpentier, que quedaron prisioneros con cuatro mil ochocientos ingleses el 9 de Diciembre de 1710, y el día 10 del propio mes y año en los campos de Villaviciosa, derrotó al ejército compuesto de alemanes, portugueses y holandeses, conducido por el general Starembergh, con que le hacian la guerra coligadas varias potencias para sostener las pretensiones de la casa de Austria á la corona de España por la muerte de Carlos II. La soldadesca enemiga despues de vejar á los pueblos en el curso de la campaña, con el saqueo y el pillage, tuvo el arrojo de atreverse á los templos, haciendo pedazos las imágenes de los santos, de María Santísima, y las formas consagradas que arrojaban á lugares inmundos. El religioso monarca penetrado vivamente de los sacrilegos ultrages hechos en las Iglesias de España, principalmente al Sacramento Augusto, quiso que se celebrara esa festividad con el nombre de desagravios, que es el que se lee en nuestros almanagues.

(*) A esta festividad, así como á otras muchas que menciona el calendario en los Domingos no se les puede fijar el Domingo que les toca: el lector instruido de esas variaciones por los calendarios, trasladará su lectura al que convenga.

La Epístola es del capítulo IV de la del Apóstol San Pablo á los filipenses.

Hermanos: Vivid siempre alegres en el Señor: vivid alegres, repito. Sea vuestra modestia patente á todos los hombres. El Señor está cerca. No os inquieteis por la solitud de cosa alguna; mas en todo presentad á Dios vuestras peticiones por medio de la oracion y de las plegarias, acompañadas de hacimiento de gracias. Y la paz de Dios, que sobrepuja todo entendimiento, sea la guardia de vuestros corazones y de vuestros sentimientos en Jesucristo nuestro Señor.

El Evangelio es del capítulo I de San Juan.

En aquel tiempo: Enviaron los judíos desde Jerusalem sacerdote, tes y levitas, para que preguntasen á Juan: ¿Tú quién eres? El confesó, y no negó: ántes protestó: Yo no soy el Cristo. ¿Pues quién eres? le dijeron. ¿Eres tú Elías? Y dijo: No lo soy. ¿Eres tú el Profeta? Respondió: No. ¿Pues quién eres tú, le dijeron, para que podamos dar alguna respuesta á los que nos han enviado? ¿Qué dices de tí mismo? Yo soy, dijo, la voz del que clama en el desierto. Enderezad el camino del Señor, como lo tiene dicho el profeta Isaias. Es de saber que los enviados eran de la secta de los fariseos. Y le preguntaron de nuevo, diciendo: ¿Cómo, pues, bautizas, si tú no eres el Cristo, ni Elías, ni el Profeta? Respondióles Juan, diciendo: Yo bautizo con agua; pero en medio de vosotros está uno á quien no conoceis: él es el que ha de venir despues de mí, el cual ha sido preferido á mí, y á quien yo no soy digno de desatar la correa de su zapato. Todo esto sucedió en Betania, á la otra parte del Jordan, donde Juan estaba bautizando.

MEDITACION.

Sobre lo poco conocido y amado que es Jesucristo.

Considera que se podria decir á muchos cristianos lo que decia San Juan á los judíos: Jesucristo nuestro Señor está en medio de vosotros, y no lo conoceis. Porque si lo conocierais, ¿cómo era posible que le profesarais tan poco amor, tan poco afecto, tan poco res-

peto, tan poco reconocimiento? Verdaderamente fué gran desgracia para los judíos no haber conocido á su legítimo Rey, á su Redentor, á su Mesías, tan ardentemente deseado y esperado por tanto tiempo, estando tan marcado el de su venida, y siendo su doctrina y sus milagros el cumplimiento visible de sus profecías; ¿pero acaso es menor la desgracia de los cristianos que no conocen á Jesucristo, sino con una fé medio apagada, con una fé casi muerta, que alumbrá lo que basta para hacernos inexcusables, pero que no obra lo que necesita para hacernos verdaderos cristianos? Jesucristo está realmente en medio de nosotros en el adorable misterio de la Eucaristía; ¿pero conocemos á Jesucristo bajo de estos velos? Grandes del mundo, ¿le conocéis vosotros, que castigais con tanto rigor las mas ligeras faltas que se cometen contra vuestro respeto, al paso que sentís tan poco los ultrages que se le hacen á este soberano Señor, á quien haceis profesion de conocer, y á quien tambien vosotros faltais con tan criminales desacatos? Gentes del pueblo, ¿conocéis vosotros á este Dios y Salvador vuestro que está en medio de vosotros, cuando no hallais un momento en que tributarle vuestros obsequios, al paso que gastais los dias enteros en seguir á los grandes de quienes esperais alguna gracia? Y ¡oh desgracia! que hasta de las personas consagradas á Dios, hasta de los mismos ministros del Señor, podemos decir que muchos no lo reconocen; y en fin, que no le conocen todos aquellos cuya conducta desarreglada ó escandalosa está manifestando el estado de su fé.

Considera que aun de los mismos que conocen á Jesucristo pocos son los que le aman con perfeccion. No nos representemos aquí mas que á esas personas cristianas, que haciendo profesion de conocer á Jesucristo, no ignoran quién es ni lo que ha hecho por nosotros, ni lo que está dispuesto á hacer en nuestro favor; que admiran la humildad de su encarnacion, la pobreza de su nacimiento, las humillaciones y sufrimientos de su pasion y la ignominia de su muerte, con todo lo que puede conocerse de los misterios adorables de la Redencion y de la Eucaristía; ¿estas personas, digo, aman ardentemente á Jesucristo? ¿Corresponde su amor á la idea que deben tener de la excelencia de la magestad del Salvador? ¿Corresponde á sus beneficios? ¿Corresponde al espíritu de nuestra religion? ¿Corresponde siquiera á los beneficios particulares que nos ha hecho, á los que nos hace todos los dias, á los que esperamos recibir de su liberalidad en el tiempo y en la eternidad? ¿A los que recibimos de

él á toda hora? ¡Ah! que no. Conocer á Jesucristo, y no tener aquel ardor que se siente por tributar obsequios á aquel de quien se aguarda todo género de bien; y no tenerle siempre en el pensamiento y en el corazón, que debe estar todo ocupado de él; y no investigar todas las ocasiones que pueden presentarse de agradar al que es árbitro de nuestra suerte eterna, y al que ha comprado á costa de su vida y de su sangre todo derecho á todo nuestro amor, es una especie de monstruosidad, que si no la conociésemos á no poder dudarlo, jamas podriamos creerla.

PETICION Y PROPÓSITOS.

A la verdad, Señor, que no os conocemos los hombres; y que los que os conocen y no os aman cuanto pueden amaros, hacen agravio á vuestra infinita excelencia y á la del amor que os trajo al mundo á llenarnos de beneficios. Yo no os conozco, supuesto que os he amado tan poco; mas no quiero ya ser ingrato á vuestros beneficios, ni negar lo mas mínimo de mi amor á quien es acreedor á todo él. ¡Ah! que yo os ame cuanto pueda amaros; que mi deseo y mi anhelo alcancen aun mas de lo que es dado á mi corazón amaros. ¡Oh! si pudiese amaros cuanto merecis ser amado; para que si como este amor manifestase la firmeza y viveza de mi fé, así tambien me hiciese conocer os cuanto fuese dable en la patria.

JACULATORIA.

Ámeos yo, Señor, que sois toda mi fortaleza, mi refugio y mi Salvador.

LECCION.

Sobre la excelencia del conocimiento de Dios.

San Bernardo nos refiere que “orando un santo, decia: Dios mio, haz que yo me conozca y te conozca;” y añade, oracion corta, pero enérgica y verdadera. La verdadera filosofia consiste en uno y otro conocimiento absolutamente indispensables para nuestra salud.

“Del primero nace el temor y la humildad, del segundo la caridad y la esperanza,” dice el mismo santo. Dedicuémonos pues, á conocer á nuestro Dios, y á sacar fruto de este conocimiento. El que lo conoce saca increíbles ventajas para progresar en el camino

de la virtud. Nosotros acostumbrados á que los hombres manifiesten su amor y estimacion con beneficios sensibles y su enojo ó desagrado con desprecios, aplicamos esto mismo á Dios. Si lo conociéramos, sabríamos que, como dice San Gregorio, "muchas veces lo que juzgamos por beneficio de Dios es ira, y lo que tenemos por ira es beneficio." Ved no mas en esta sola máxima cuánto provecho podemos sacar del conocimiento de Dios. Cuando nos véamos colmados de bienes temporales, usaremos de ellos con una santa economía, no sea que Dios nos los haya concedido en su ira para nuestra perdicion: cuando nos véamos colmados de tribulaciones, adoraremos su benéfica mano y creeremos que no nos las da sino para nuestro bien: como este podemos sacar otros frutos que procuraremos manifestar en la presente leccion.

Supuesto que dentro de nosotros mismos hallamos medios para conocer á Dios, sin duda que tanto mas nos acercamos á esta excelente divinidad, cuanto mas prociremos unirnos íntimamente á ella. En esta dichosa union es donde sin cesar celebraremos festivos haber perdido de vista todas las vanidades de la tierra, y habernos desprendido de nuestras pasiones, de nuestros sentidos, en una palabra, de nuestro propio cuerpo: entónces espiritualizados no viviremos sino una vida toda celestial y divina. ¡Qué espectáculo tan hermoso y tan bello es una alma elevada hasta el Ser increado! Ella es á manera de un prisma que reúne en sí todos los colores primitivos y mas hermosos: es un cristal que recoge en un solo punto todos los rayos, y que junta todo lo que la puede encender en el amor divino, hermosear con las virtudes: é ilustrar con los dones del Espíritu Santo. Entónces, superior aun á sí misma, se eleva sobre los globos luminosos y penetra hasta la morada de las delicias eternas: deja en la tierra todo afecto terreno como despojos mortales que dentro de pocos dias ó instantes ya no le han de pertenecer. No nos cansemos, el hombre que se eleva á contemplar á Dios, se hace ciudadano del cielo: allí está su padre, su madre, su familia, su patria; ya no se ocupa sino en romper cada vez mas y mas la union que tiene con la materia, y solicita con ansia, como otro Pablo, desprenderse de este barro que le abraza, de estas ideas que le confunden, de los defectos que le mortifican. Por donde quiera encuentra rasgos de su Dios: le mira en la variedad de rostros tan desemejantes y tan varios contando de unas mismas partes: le contempla en las fieras que enmedio de los desiertos y las grutas saben proveer á

sus necesidades: le admira en la sucesion de los dias y de las noches, siempre nuevos y jamas interrumpidos: le sorprenden en aquellos inmensos receptáculos fluctuantes en el aire de granizo, lluvia y nieve; y le venera en aquella distribucion admirable de bienes y comodidades propias á cada pais, en la obediencia de los mares que dos veces al dia se retiran y se aproximan á la playa.

Luego solo la densa nube de nuestras pasiones es la que nos impide ver á Dios; ¡pero qué densa y difícil para romperla! Esta dificultad pide esfuerzos que pocos quieren practicar; de aquí nacen otros tantos atrasos en la vida espiritual. En vez de contemplar aquello que nos inuene á ella, corremos tras de objetos caducos y perecederos que nos entretienen y apartan de ella. Si el hombre carnal y terreno consultara lo que mejor le está, ¿se separaria de la divinidad? Si observara su providencia, ¿desconoceria á su Criador? Si comprendiera bien el fin para que fué criado, ¿lo juzgaria indigno de su atencion? La mayor desgracia que comunmente acaece á los hombres y aun los que se precian de católicos y timoratos, es que si no siempre, muchas veces se salen fuera de sí, vagan aventureros por medio de innumerables objetos terrestres que nada les pueden enseñar, y que solo procuran seducirlos como la serpiente del paraíso, diciéndoles: Acercaos á nosotros, tomad de la felicidad que os brindamos; seréis como Dios. No es, pues, de extrañar que con tan halagüeña y segura seducción se engañen y vivan, lo diremos claramente, como unas bestias. Los filósofos incrédulos que parece que solo han adquirido su ciencia para degradar al hombre confundiendo con la materia, si hubieran meditado en la naturaleza con la antorcha de la religion, habrían conocido en toda ella la presencia, el poder y la sabiduría de aquel Ser increado, cuya existencia ciegamente combaten! En estas meditaciones se encuentra mas sabiduría que la que pueden enseñarnos las bibliotecas todas del universo: la experiencia de todos los dias lo confirma.

¿Pero podremos dejar de conocer dedicándonos á la meditacion, lo que es nuestra naturaleza corrompida, el desórden que reina en todas sus potencias, la inclinacion que tiene al mal? ¡Y qué de bienes no nos resultan de este conocimiento? La Providencia siempre se justifica á los ojos del que humildemente la medita. El cristiano contemplativo conoce que Dios es paciente, justo y eterno, y que habiendo otra vida lo pondrá todo en su lugar: allí dará recompensas á los virtuosos ahora humillados, decretará castigos á los ini-

cuos aquí ensalzados, pues que los unos parece no tienen derecho á esta tierra sino para ser sepultados, y los otros para ser dioses en ella. No pretendemos con todo lo dicho dar á entender que el hombre dedicado al conocimiento de Dios, llegue á penetrar el santuario de la divinidad y á comprender sus ministerios, pues no le pertenece á una vida mezclada de lo intelectual y de lo sensual poder penetrarlo todo; porque si por una parte se eleva por otra se abate: fuera de que es justo que el espíritu halle despues de la muerte verdades que no pudo conocer, y verdades demasiado sublimes, que no es dado al ojo ver, al oído oír, ni á ninguno de los sentidos percibir. Este mundo que ahora habitamos transitoriamente no es ni una imágen muy imperfecta del que hemos de poseer por toda la eternidad. Si despues de la muerte no lográsemos mas de lo que acá en el mundo, sería mejor no morir; y entónces ¿cuál sería la felicidad digna de nuestro fin y de nuestra esperanza? Basta por ahora conocer que vuestras miras deben someterse á las del Todopoderoso. Si no podemos conciliar contradicciones aparentes, acensemós á nuestra flaqueza, debilidad y ningun poder, pensando que para comprender á Dios es necesario ser Dios.

El espíritu que medita las grandes verdades, y que conoce toda la pena que le cuesta el desprenderse de los sentidos y de las pasiones, y por último, el restituirse á sí mismo, no duda de la necesidad que tiene de la contemplacion. Concibe que como carnal y disipado, debe encontrar en ella la ley que lo instruya. Aquí aprende á conocer que nada hay mas digno de su grandeza, que ver como un grano de arena las cosas criadas, que despreciar el esplendor de las riquezas y de los honores mundanos, y dejarlos á los necios que hallan su gusto y delicia en esas bellas quimeras. Si el filósofo las desprecia, ¿el cristiano qué idea deberá tener de ellas?

Nuestro intento no es otro sino manifestar que en la meditacion se conoce el hombre á sí mismo, que este propio conocimiento lo conduce al de Dios, y que este es el mas sublime, el mas grande de todos los conocimientos. Ha sido necesaria toda la corrupcion de nuestro corazon, para robarnos la presencia del Ser infinito en quien todos y cada uno vivimos, nos vemos y estamos. Mas ¡qué fatalidad! Apénas se deja ver la primera luz del dia, cuando impacientes nuestros sentidos por volverse á juntar con las frivolidades que perdieron de vista durante la noche, se apresuran á arrojarnos al centro del tumulto de los placeres y negocios, y desde entónces un tor-

bellino nos arrastra todo el dia. Vuelve la noche y nos retiramos con la cabeza llena de las locuras y delirios que nos ocuparon. De este modo se pasan los dias y los años en una perpetua distraccion y olvido de nosotros mismos, y por consiguiente de Dios, de quien, como dice San Pablo, nos apartamos incessantemente. ¡Qué útiles conocimientos se sacan de la contemplacion en Dios! Ya hemos visto como el justo de grado en grado se eleva y llega por fin hasta la eterna verdad. El la busca al principio en sí mismo, en donde reside mas que en otras partes; despues pasa á contemplarla al rededor de sí, en las criaturas que la representan. ¡Qué venturoso mortal! Entónces se halla como inmenso, y perdiendo la vista al tiempo, se sumerge en la eternidad. En ella San Agustin, tan superior al resto de los demas hombres, soltó las alas de su vasto ingenio. Preguntó á las ciencias, á los cálculos, á los colores y á los sonidos, como á otras tantas voces de la Divinidad. Formó por este medio aquellos soliloquios, en los que el hombre trayendo al fondo de sí mismo todo lo que le han dicho y representado los sentidos, conversa con Dios, y conversando lo conoce; él le tiene mas presente que al universo que está á sus ojos. ¿Habrà cosa mas hermosa que unirse á la Divinidad, que participar en cierto modo de sus atributos, ser hombre en el cuerpo pero ángel en el espíritu? De cuantos bienes se privan los que solo se ocupan en las cosas percederas del mundo, el conocimiento de Dios es el mayor de todos.

~~~~~

#### CUARTO DOMINGO DE ADVIENTO.

El cuarto Domingo de Adviento, debe excitar tanto mas nuestra devocion y nuestro fervor, cuanto que está mas cerca de la solemnidad del nacimiento de Jesucristo. Con esta intencion ordena la Iglesia los ayunos que preceden á este Domingo, que son las tómporas, comprendidas en el Miércoles, Viernes y Sábado de la semana antecedente á la en que cae la Natividad.

Llámanse las cuatro tómporas los ayunos que la Iglesia prescribe de tres en tres meses, el Miércoles, Viernes y Sábado de la semana que los ajusta, para consagrar las cuatro estaciones del año con la penitencia de algunos dias de ayuno, para pedir á Dios la conservacion de los frutos de la tierra, darle gracias por los que nos

ha dado, y alcanzar dé á la Iglesia en estos tiempos de órdenes dignos ministros del culto. Quizá no hay en la Iglesia observancia mas antigua que la de las cuatro tómporas; pues segun San Leon papa, su institucion es del tiempo de los Apóstoles. En el Antiguo Testamento habia ayunos determinados y fijos en ciertos meses del año. Esto dice el profeta Zacarias cuando exclama: "Esto dice el Señor de los Ejércitos: Los ayunos del cuarto, del quinto, del séptimo y del décimo mes, se convertirán para la casa de Judá en dias de gozo y de alegría, en fiestas solemnes." San Leon cree, que así estos ayunos como algunos preceptos morales, son del número de aquellas cosas santas que los apóstoles juzgaron conveniente retener de la antigua ley, para el uso de la Iglesia; pero por motivos mas espirituales y mas santos que los que tenian en el Antiguo Testamento. Y añade que la Iglesia, conducida por el Espíritu Santo, ha distribuido el ayuno en las cuatro estaciones del año; á saber, las tómporas de la primavera, en Cuaresma, las del estío, en la octava de Pentecostes, las del otoño en el mes de Setiembre, y las del invierno en Diciembre; de suerte que las cuatro estaciones se hallan santificadas por la penitencia. Los oficios y la misa de estos tres dias de las tómporas de adviento son propios y privativos de ellas, y conformes al misterio y á la santidad de este tiempo. En la misa del Miércoles de las tómporas, se leen dos Epístolas, para dar á entender, dice Alcuino, á los que han de ser examinados en este dia para ordenarse, que han de tener un conocimiento vasto de la Sagrada Escritura. Las dos Epístolas que se dicen en la misa del Miércoles de la tercera semana de Adviento, son del II y del VII capitulo de Isaías, en donde este Profeta habla con mucha claridad de la venida del Mesías y de las grandes utilidades que de ella resultarán á los hombres; y en donde predice que una Virgen será la Madre de este Salvador. El Evangelio que se dice despues de estas dos Epístolas, contiene la historia de la Anunciacion del misterio de la Encarnacion, hecha por el arcángel San Gabriel á la Virgen Maria, segun la refiere San Lucas. La Epístola de la misa del Viérnes siguiente, se toma de la misma profecía de Isaías, en la que predice que saldrá un renuevo de Jessé, padre de David, que se levantará una flor de su raiz; y que el espíritu del Señor descansará en ella. El Evangelio del dia es una continuacion de el del Miércoles antecedente, en el cual describe San Lucas la visita que la Virgen Maria fué á hacer á las montañas de Judea á su prima Santa Isabel,

embarazada de S. Juan Bautista, pocos dias despues que el ángel Gabriel se apartó de ella, despues de haber recibido su consentimiento para la Encarnacion del Hijo de Dios en su seno. En la misa del Sábado de las doce lecciones, porque antiguamente habia en Roma la costumbre de leer en griego y en latin las seis lecciones, que todavia leemos hoy en esta misa, las primeras para los griegos que asistian al oficio, de los cuales habia un gran número en Roma, y las segundas para los latinos. El motivo de llamarlas *doce lecciones*, fué porque cada una se leia dos veces. Las cuatro primeras son de Isaías, cuya profecía no es en rigor otra cosa que la historia profética del Salvador; por eso la Iglesia ha tenido por mas conveniente componer los oficios de Adviento del libro de este Profeta. La quinta leccion es como en todos los Sábados de las cuatro tómporas, la del Profeta Daniel en que se cuenta el milagro de los tres jóvenes del horno de Babilonia. La sexta es de la carta de San Pablo á los de Tesalónica. *Os rogamos, hermanos, les dice, por Jesucristo nuestro Señor que ha de venir, y por la union que se debe hacer de nosotros con él, que no permitais que os hagan mudar facilmente de creencia.* Aunque el Apóstol habla en este pasaje de la segunda venida del Hijo de Dios, la Iglesia lo aplica á la primera para avivar la fé de los fieles. El Evangelio del Sábado de estas tómporas es de la predicacion de San Juan, cuando comenzó sus funciones de precursor, y como de ángel ó enviado de Dios, para preparar los caminos y disponer los corazones para recibir al Mesías.

La misa de este cuarto Domingo de Adviento no es otra cosa que una viva expresion del deseo ardiente que tiene la Iglesia de ver nacer á su Salvador, y de conducir todos los fieles á celebrar con dignidad y con fruto el dia de su nacimiento. Exclama con el Profeta en el Introito de la misa: "Cielos, envidad desde arriba vuestro rocío: hagan las nubes descender al justo como una lluvia saludable. Ábrase la tierra, para que veamos comparecer al Salvador, como vemos salir el tallo de su yema [5] boton. Estas palabras manifiestan el trasporte y la impaciencia de los profetas y de los justos del Antiguo Testamento, los cuales deseaban con todo el ardor de su alma la venida del Mesías.

La Epístola de la misa es de la carta del Apóstol San Pablo á los de Corinto, donde habla de los ministros de Jesucristo, á quienes llama los dispensadores de los misterios de Dios y los pastores



de las almas. El Apóstol los exhorta á que no hagan consistir su habilidad ni su mérito, en la ciencia y en el arte de hablar bien, sino en ser fieles en su ministerio y en sostener por la regularidad y santidad de su vida, la dignidad de su empleo. La Iglesia, despues de haber exhortado á sus hijos á disponerse por la penitencia y por la piedad para la venida del Salvador, se dirige en particular en este dia á los ministros sagrados, y los exhorta á distinguirse por su virtud de los demas fieles, cuanto se diferencian por su carácter; y que debiendo presentar al Salvador que nace los votos del pueblo, en calidad de ministros de Jesucristo, no omitan cosa alguna de las que puedan hacerlos á ellos mismo mas agradables á sus ojos en las santas funciones de su ministerio.

El Evangelio es el mismo que el del Sábado antecedente; es decir, la historia de la predicacion de San Juan Bautista, y de la primera funcion de este hombre santo en calidad de precursor del Salvador, como la refiere San Lucas. El Hijo de Dios es verdadera luz que alumbrá á cualquiera que viene al mundo. Habia vivido Jesucristo desconocido en Nazareth y como escondido en la oscuridad de una vida privada, cuando San Juan Bautista salió del desierto, para prepararle los caminos, como la aurora que precede al sol y da principio al dia. No era él mismo la luz, sino que era para dar testimonio de la luz. Este santo hombre habia pasado toda su juventud en el desierto, en el ejercicio de la mas austera penitencia, sin otro alivio que el que gustaba en las dulzuras de la contemplacion. En fin, compareció ante el pueblo de Israel á los treinta años de su edad y á los veinte y nueve de la de Jesucristo, que era décimo quinto del imperio de Tiberio. En este tiempo fué cuando este precursor del Salvador, este hombre nacido por milagro, este admirable anacoreta, retirado en lo interior de su desierto, recibió orden de empezar á ejercer las funciones de su ministerio.

El reino que Heródes Ascalonita habia poseído todo entero, estaba entónces dividido en cuatro principados. El primero y el mas considerable, que era el de Judea, habiéndose sometido al imperio romano despues del destierro de Arquelao, no hacia sino una provincia de la Siria: los otros tres tenian sus principes particulares, que se llamaban simplemente tetrarcas, lo que segun su etimología, significa un príncipe que posee la cuarta parte de un estado grande. Este Heródes era hijo del primer Heródes llamado el Grande, y poseia la Galilea. Filipo su hermano, reinaba del mismo modo en al

Iturea y Tracónitis. En fin, cierto Lisaniás mandaba en Abilinia. Por lo que mira á la religion, como los romanos dominaban allí como en un pais conquistado, y tenían la capital donde estaban el templo y la silla del sumo sacerdote, es factible dispusiesen á su arbitrio de las dignidades sagradas. La venida del Mesías era una época tan importante y tan distinguida, que pedia una descripcion tan menuda de todas las circunstancias del tiempo en que se veia cumplido todo lo que los profetas habian predicho tocante á su venida á la y de su Precursor.

En este tiempo de desórdenes y de confusion en el estado y en la religion, se dejó ver el precursor del Mesías, al cual los profetas habian dado el nombre de Angel del Señor; aquel hombre santificado en el vientre de su madre, cuya vida era un prodigio de santidad y de penitencia. Su vestido era un áspero cilicio hecho de pelo de camello, el cual tenia puesto al derredor de los riñones, ceñido con una correa de cuero, para condenar la delicadeza y el fausto. Su alimento se componia de langostas sin sazonar, comida bastante comun entre los pobres de la Palestina, y de miel silvestre de mal gusto que hallaba en los agujeros de las rocas y en las aberturas de los árboles. Su mansion ordinaria era un espantoso desierto entre Jericó y Jerusalem: de aquí salia á allanar las sendas al Señor; esto es, á preparar los espíritus y los corazones para la venida del Salvador, predicándoles la penitencia con sus palabras y con sus ejemplos. El era aquella voz poderosa, que segun Isaiás, debía resonar en el desierto y enseñar á los pueblos á disponerse para la venida de su Rey y de su Redentor. Gritaba el Profeta Isaiás, teniendo presente en espíritu al Santo Precursor, el cual se llamó á sí mismo la voz del que clama en el desierto. En efecto, el fué el que preparó los caminos á Jesucristo, preparando los pueblos á que lo recibieran como á su Salvador, y enseñándoles que era su Mesías. Nada mas claro, nada mas expreso que lo que dice el Profeta, tocante á la venida del Salvador en este lugar: *Consúlate, pueblo mio, consúlate, dice tu Dios*. El Profeta en este capítulo y en los siguientes, nos describe la felicidad de los israelitas despues que habian vuelto de su cautividad de Babilonia. Pero no es este objeto lo que mas lo ocupa; sus principales miras son la venida del Mesías, su reino, el establecimiento de su Iglesia y la vocacion de los gentiles á la fé. San Lucas fija este verdadero sentido, contrayendo al mismo ministerio del Precursor las palabras del Profeta: *Hablad*

al corazón de Jerusalem, y decidle: que ya se han acabado sus males, que se le han perdonado sus pecados. Dios por último va á enviaros un Salvador; ya oigo la voz de su Precursor, continúa Isaías, que grita en el desierto como su rey de armas que anuncia su venida, y dice: Preparadle los caminos para que entre en vuestros corazones, reformando para ello vuestras costumbres, y rectificando vuestra conducta con la penitencia. Allánense todos los montes y llénense los valles, enderécense los caminos torcidos, suavícese todo lo que es áspero y frágoso. Quiere decir con esto que las almas tímidas tengan confianza; que las almas terrenas y miserables dejen de arrastrarse por el barro y se eleven sobre los sentidos; que todo espíritu vano y orgulloso se humille con la penitencia; en fin, que la inocencia reine en todas partes. Entónces todos los hombres verán la salud enviada por Dios. El texto dice, que todos los valles serán ensalzados, y que los montes serán humillados. Lo cual en el sentido moral significa que el Salvador vendrá á humillar el orgullo del mundo y á confundir su falsa sabiduría, escogiendo para fundar su Iglesia unos hombres sencillos, pobres, ignorantes y la muerte misma de cruz para salvar á los hombres. Dios escogió lo que es débil en el mundo para confundir lo mas fuerte, dice San Pablo. La salvacion se ofrece á todos los hombres, puesto que Jesucristo encarnó, nació y murió por la salvacion de todos. Pero ¡oh Dios mio! ¡cuántos refusan recibir la salvacion que vos les ofrecéis! ¡Cuán digno es, Señor, de experimentar vuestra indignacion el que desprecia vuestros favores! Conforme se va acercando la fiesta de Navidad, dobla la Iglesia sus convites y sus exhortaciones, para mover á los fieles á que doblen su fervor y su solicitud, para ponerse en estado de recibir con santas disposiciones al Salvador de nuestras almas; sin lo cual se podrá celebrar su nacimiento; pero nunca se recibirán sus dones.

*La Epístola de del capítulo IV de la primera del Apóstol San Pablo á los corintios.*

Hermanos: Considerémos el hombre como ministros de Cristo y dispensadores de los misterios de Dios. Esto supuesto, entre los dispensadores lo que se requiere es que sean hallados fieles. Por lo que á mí toca, muy poco se me da el ser juzgado por vosotros, ó en cualquiera juicio humano; pues ni aun yo me atrevo á juzgar de mí mismo. Porque si bien no me remuerde la conciencia de cosa al

guna, no por eso me tengo por justificado, pues el que me juzga es el Señor. Por tanto no queráis sentenciar ántes de tiempo, hasta tanto que venga el Señor; el cual sacará á plena luz lo que está en los escondrijos de las tinieblas, y descubrirá las intenciones de los corazones, y entónces cada cual será de Dios alabado.

*El Evangelio es del capítulo III de San Lucas.*

El año décimo quinto del imperio de Tiberio César, gobernando Poncio Pilato la Judea, siendo Heródes tetrarca de la Galilea, y su hermano Filipo tetrarca de Iturea y de la provincia de Traconite, y Lisianis tetrarca de Abilinia; hallándose sumos sacerdotes Anás y Caifas, él hizo entender su palabra á Juan, hijo de Zacarías, en el desierto; el cual vino por toda la ribera del Jordan, predicando un bautismo de penitencia para la remision de los pecados: como está escrito en el libro de las palabras del Profeta Isaías: Voz de uno que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor: enderezad sus sendas: todo valle será terraplenado, todo monte y cerro allanado; y los caminos torcidos serán enderezados, y los escabrosos igualados; y verán todos los hombres al Salvador de Dios.

#### MEDITACION.

*Sobre el deseo ardiente que debemos tener de la venida del Salvador.*

Considera el ardor con que en todos tiempos deseaban la venida del Redentor los patriarcas, los profetas y justos del Antiguo Testamento: lo pedian, le convidaban que viniese, se lo suplicaban con vivísimas ansias y con tales trasportes, que descubrian bien el ardiente deseo de que estaban poseidos sus corazones por la venida de su Dios Salvador. Enviad, Señor, decian al Padre Eterno, enviad ya al que habeis de enviar, para que nos salve. Venid, decian al Hijo, venid Señor, como nos habeis prometido: daos prisa de venir: no dilateis mas vuestra venida. ¡Oh! romped esos cielos y descendad ya á nuestra tierra. ¡Oh cielos! haced bajar de lo alto al Salvador como un rocío, y las nubes lluévannos al Justo: ábrase la tierra y haga salir á luz al Salvador. De este modo manifestaban los santos del Antiguo Testamento los ardientes deseos que tenían de que viniera al mundo el Salvador. La Iglesia no muestra ménos impaciencia; usurpa sus expresiones, y sus deseos son todavía mas fervorosos. ¡Cuáles, pues, deben ser los nuestros? To-

da nuestra felicidad está puesta en Jesucristo; nuestra salvacion depende de su venida.

Considera que nuestros deseos son siempre parte de nuestras ideas. Jamas deseamos mucho lo que estimamos en poco. De esta verdad experimental sacamos consecuencias bien funestas: ¿con qué frialdad vemos acercarse el día del nacimiento del Salvador? Señal clara de que lo conocemos poco, de que hace poca impresion en nosotros el exceso de su amor; señal de que solo tenemos una idea imperfecta de las ventajas que nos trae su venida: señal de que el triste estado de error, de cantiverio, de pecado en que estamos, nos agrada: señal de que amamos al mundo, cuyo espíritu, cuyas máximas viene á destruir este divino Salvador: señal de que no deseamos mudar de dueño: señal en fin de que nuestra salvacion se hace poco lugar en nuestro corazon. Esta y no otra es la funesta causa de nuestra indolencia, de nuestra frialdad, de nuestra lastimosa indiferencia; conocemos poco al Salvador; no conocemos lo que es, lo que puede, lo que merece, y aun ménos nos conocemos á nosotros mismos lo que somos, lo que merecemos por nuestros pecados, lo que necesitamos de la misericordia divina, y lo que debemos temer de la divina justicia. Mientras permanezcamos en esta situacion tan lastimosa, ni celebramos dignamente el nacimiento de nuestro Salvador, ni tenemos la disposicion necesaria para esperar tranquilos á nuestro Juez.

#### PETICION Y PROPÓSITOS.

El estado fatal de nuestras almas demanda prontas y eficaces medidas para su remedio, y estas no deben ser otras que las que pide una verdadera y perfecta conversion. Demos de mano á los devaneos y entretenimientos en que perdemos el tiempo de nuestra salud y los auxilios que se nos dan para conseguirla. Hagamos una buena confesion en que remediamos los defectos de las precedentes: arreglemos los negocios de nuestra casa, y cumplamos con todas las restituciones y reformas que conozcamos deber hacer: espiemos con la penitencia nuestras pasadas culpas, y démonos entónces á los fervores de la devocion que ya será verdadera y nos atraerá la consolacion divina. Vos, Señor, que me alumbráis estas resoluciones, ayudadme con vuestra gracia para que las ponga por obra, y vaya en adelante de virtud en virtud hasta ver vuestro rostro en la celestial Sion.

#### JACULATORIA.

Daos prisa, Señor; venid á salvarnos.

#### LECCION.

##### *Del último fin del hombre.*

El Verbo eterno se dignó venir al mundo y vestirse de nuestra carne mortal tomando forma de siervo, para presentarse entre los hombres como uno de ellos. Y ¿á qué vino? El entendimiento se queda absorto al considerarlo! A enseñarnos á ser virtuosos. Bien pudo aparecer como allá en el Sinai entre los relámpagos y truenos á dictarnos su ley santa; bien pudo presentarse acompañado de sus ángeles, fieles ejecutores de su voluntad, á hacerse obedecer de los hombres; pero no fué así. Se ofrece á su vista como Maestro, y no como un maestro puramente teórico, sino práctico. No es Jesus de aquellos preceptores que enseñan una doctrina que no está de acuerdo con sus costumbres: las suyas acreditan que practica lo que enseña. Al ver las finezas que Jesucristo ha obrado con nosotros, al escuchar la doctrina que nos ha enseñado, y de cuyo cumplimiento nos ha dado el mejor y mas cabal ejemplo, ¿no nos admiramos de que los católicos saquen tan poca utilidad de todo esto? ¿En qué consiste ese fenómeno? En que somos católicos no, mas que de nombre: ni procuramos indagar á qué nos obliga nuestra profesion, ni el fin para que la hemos adoptado. Siempre que tomamos alguna carrera ó estado en la sociedad, nos proponemos algun fin; pero al abrazar la de cristianos nos contentamos con haber asentado nuestros nombres en los registros parroquiales al tiempo de bautizarnos. Qué ¡aquí terminó la profesion del cristiano? ¿Ya nada mas tiene que hacer? Aquel cuidado, aquel empeño, aquellos fervores, aquella instruccion, aquel ejemplo que Jesus nos dió, ¿no tenían otro objeto que el que nos llamaramos cristianos en vez de llamarnos gentiles? No ciertamente: muy grandes, muy sublimes son las miras de la religion que abrazan los que llevan este nombre. Son nada ménos que conducircmos al fin para que fuimos criados. Despues que nuestro soberano Criador se propuso hacernos felices por toda la eternidad, nos dió, enseñó y abrió el camino para que lo consiguiéramos. Meditemos seriamente en nuestro último fin, y seremos buenos católicos; y siéndolo obtendremos sin duda ese fin á

que todos debemos aspirar, y que es el norte que ha de dirigir todas nuestras acciones.

Descendamos hasta nosotros mismos, elevémonos hasta Dios, y veremos entre él y nosotros, aunque de naturalezas tan desemejantes, cuántas alianzas y relaciones hay que nos patentizan ser él nuestro último fin. La razón no es tal, sino en cuanto es una reverberación de aquella luz increada: la voluntad, una emanación de aquel querer que con un solo acto lo hizo todo y lo mantiene: la memoria, una derivación de aquella ciencia que todo lo tiene presente: la imaginación, imagen de aquella fecundidad inmensa que engendra sin disiparse; y el alma toda espejo mismo de esta divina esencia que no puede dividirse, aumentarse, ni disminuirse. Si pensamos, si hablamos y obramos, la Divinidad resplandece en nuestros pensamientos, en nuestras palabras y en nuestras obras. No se necesitan estudios muy profundos para conocer y confesar que la luz divina ilustra nuestros conocimientos y aclara nuestra inteligencia. Los tesoros y admirables preciosidades de los sublimes talentos, sus profundos descubrimientos que admiran al universo, no son sino partículas de aquel abismo inmenso y origen de todas las luces y gracias. Todo don viene de Dios, y en este Ser Supremo es donde se hallan todas las verdades que el hombre soberbio cree encontrar en sí mismo. Las virtudes todas que nos adornan, no son sino relaciones con sus divinos atributos, imitaciones aunque muy relajadas de la infinita hermosura de sus perfecciones; y por consiguiente la rectitud humana no es más que una débil copia de su invariable amor por el orden y por la justicia.

Por poco que la religión ilumine nuestra razón, cuando no la perturban sus domésticos enemigos las pasiones, es capaz el hombre de conocer á su último fin; pues que sabe existe un Ser absoluto, omnipotente, eterno, único é inmenso, en quien vivimos, nos movemos y estamos: no ignora que despues de disueltos nuestros cuerpos hemos de ir á darle cuenta del buen ó mal uso de sus dones, esto es, de aquella impresión que amonesta tanto al salvaje como al ilustrado que debe rendir un fiel vasallage al Ser Eterno: de aquel amor recíproco que nos ha infundido; de aquella manifestación de sus obras derramada en el cielo y en la tierra, que nos obliga á adorarle por un Padre Omnipotente; por último, y lo que es mas, de aquel vínculo sagrado que nos une á él como á nuestro principio y á nuestro fin. Dios influye en nosotros como en sus miembros,

pues que juntos formamos un solo cuerpo, y obramos en aquel que nos mueve y nos conserva. Esta influencia nos obliga á no violar sus derechos, influencia cuyos efectos se sienten interiormente, cuya causa se conoce en lo exterior, y cuyo fin es el mismo Dios. Nosotros somos nada por nosotros mismos: nosotros estuvimos sepultados por toda una eternidad en el abismo tenebroso de la nada, con impotencia absoluta de salir de ella: Dios nos veía allí ántes que nosotros tuviéramos ser ni vida; y su voz que llama á lo que no es como si fuera, nos sacó del centro oscuro de las sombras para que gozáramos de su luz. Este primer efecto de su misericordia se enriqueció con una multitud inmensa de gracias. No solo nos ha hecho Dios de la nada, nos ha escogido también entre un gran número de criaturas para comunicarnos sus tesoros, y por último, quiso que fuéramos esta persona particular que somos ahora: y esta elección del Criador no comprende solo nuestra existencia, abraza también todas las cualidades y circunstancias que hay en la economía de nuestra vida. Su Providencia determinó los padres de quienes somos hijos, el país que habitamos, y el siglo ó edad en que vivimos; de modo que hacemos una injuria notoria á la Providencia Divina, si estamos descontentos con cualquiera que sea nuestra condición ó estado. ¡Ya veis cuántos enlaces, cuántos beneficios! Pues hay mas.

Añadid á estos el que incessantemente nos da el mismo ser que nos concedió la primera vez al sacarnos de la nada, continuando nuestra conservación. Nosotros no vivimos ni por nuestra voluntad ni por nuestras fuerzas, sino por la virtud sola de aquel que nos produjo cómo, cuándo y donde quiso. Si suspendiera su mano volveríamos á ser polvo, y no quedaria rastro de lo que fuimos. A estos se agregan los beneficios que como Redentor ó segundo Criador nos dispensa; él nos une con un vínculo sagrado del modo mas íntimo y fuerte. Nuestro Dios no es un Dios oculto como el del Areópago, ni es Dios que no se da á conocer sino en enigmas y figuras, y que solo ilumina nuestros corazones, no; es un visible Legislador que vino á intimarnos él mismo su voluntad: que despues de habernos hablado por medio de los patriarcas y profetas, se vistió de nuestra frágil naturaleza; se hizo nuestro hermano para ser nuestro Salvador: es un Padre que dió la vida por sus hijos, que nos incorpora consigo mismo, nos colma de sus gracias, nos alimenta con su carne y sangre y nos hace otros tantos Cristos por unciones

absolutamente divinas; él está en nosotros y nosotros en él, y todos recibimos de su plenitud y divinidad la gloria de serle consagrados para siempre; de tal modo, que nuestros cuerpos son miembros suyos, nuestros corazones sus templos, nuestra alma su santuario, y él nuestro fin.

Ahora bien: ¿después de tantos enlaces y relaciones con Dios, como nuestro Criador, como nuestro medianero, y como nuestro fin, podemos olvidarle y apartarnos de él? ¿No es esto envilecernos y desnaturalizarnos? Sin duda que hemos abandonado todos los sentimientos que el corazón nos inspira, y todas las razones que el entendimiento nos sugiere, para eximirnos de las obligaciones para con Dios, esto es, de lo que él mismo imprimió mas fuertemente en nuestra alma, y de lo que toda la naturaleza nos predica y recomienda. Solo un horroroso prevaricato y una excesiva corrupcion, digámosle mas claramente, un letargo igual á la estolidez de las bestias puede separarnos de Dios, ser obstáculo para conocer que todos nuestros pensamientos, palabras y acciones, deben dirigirse á él como á nuestro último y único fin. Su Providencia en el órden natural y su poder en el órden de la gracia, hacen en nosotros y con nosotros, pero de un modo absolutamente libre, todo lo que nosotros practicamos ya física ya moralmente. Siendo pues, Dios el fin del hombre, á quien franquea después de esta vida un lugar inmenso de felicidad, no podemos ser verdaderamente cristianos sin dirigirnos constantemente á él. Nadie ignora que el fin es el primer móvil de todo lo que se trata de practicar, pues nadie obra sin algun designio; por lo mismo ninguno debe permanecer indiferente sobre este asunto sin sofocar el grito de la conciencia que le dice: Atiende á tu fin, dirige á él tus acciones, encamina tus pasos: mira que te vas separando del camino recto de tu salvacion, porque te has propuesto por tu fin las criaturas; no fuiste criado por ellas, no te conservas para ellas, ni has de ser eterno con ellas. Cosas temporales no pueden ser fin de una alma eterna. La mezquindad de estos bienes no puede ser la última felicidad de una criatura que tan singularmente ha sido privilegiada en este mundo. Dios nos crió y Jesucristo nos redimió, para que viviendo le sirvamos con obras de virtud, y muriendo le gocemos en el cielo por toda una eternidad.